INTRODUCCIÓN

Según la tradicional definición de Aristóteles el hombre es un «animal racional» o «animal que tiene *logos*». Este es el rasgo que nos distingue de los demás seres que pueblan la tierra. Gracias a su racionalidad, el hombre puede conocer la verdad y orientar su libertad conforme a ella.

Todos los seres humanos poseen esa capacidad de razonar por la que adquirimos nuevos conocimientos. Pero la razón tiene sus leyes: si se siguen esas leyes del pensamiento nuestra racionalidad cumplirá su objetivo: avanzar en la verdad. Si usamos mal la razón llegaremos al error o a la falsedad.

En primer lugar, cabría decir que cultivar la lógica es una actividad específicamente humana porque sólo el hombre es racional, en el sentido de que su modo de conocer la verdad es discursivo: procede por pasos sucesivos en el descubrimiento de la realidad, es decir, de verdades conocidas a verdades previamente desconocidas. El intelecto humano es capaz de captar inmediatamente los principios primeros del ser (por ejemplo, el principio de no contradicción), pero no todas sus implicaciones, que se despliegan discursivamente en el tiempo.

Además, la reflexión lógica surgió en una situación histórica determinada. Es significativo considerar que la lógica –al igual que toda la filosofía– nació en Grecia alrededor del siglo V (a.C.) donde se tomó conciencia del *logos* como algo distinto de las creencias o mitos. Grecia es también donde nació la democracia, el gobierno del pueblo, donde se cuestiona que el poder tenga que estar en manos de unos pocos poderosos privilegiados por la riqueza económica. La actuación política y la vida social debe ser debatida y argumentada racionalmente: los que tienen mejores argumentos son los que acabarán por imponerse. Los sofistas nacen en la Grecia antigua como los que manejan hábilmente discursos convincentes, pero sin importarles la verdad. Frente a los sofistas se levantaron los grandes filósofos griegos: Sócrates, Platón, Aristóteles. Para el sabio era preciso desenmascarar el modo de vida sofístico, escéptico o rela-

tivista utilizando para ello la única arma verdaderamente eficaz: la verdad. La Lógica comenzó a ser cultivada entre los filósofos y fue con Aristóteles donde alcanzó su sistematización y desarrollo. Los tratados lógicos del *Organon* tenían esa clara intención antisofista (recuérdese el título de uno de los libros aristotélicos: *Las refutaciones sofísticas*). La lógica surgió como un instrumento para encontrar la verdadera ciencia (*episteme*) frente a las apariencias engañosas. Pero para llegar a refutar los sofismas engañosos es preciso haber reflexionado sobre el razonamiento y sus leyes: aquí encontramos ya el nacimiento de la Lógica como ciencia.

Por otro lado, la lógica es la disciplina que guarda una relación más estrecha con la Filosofía del lenguaje (J. J. Acero-E. Bustos-D. Quesada, *Introducción a la filosofía del lenguaje*, Cátedra, Madrid, 1989, 16). De hecho, fueron disciplinas que caminaron juntas durante muchos siglos: las leyes lógicas se descubrían y analizaban «en» una lengua natural determinada pues el pensamiento viene expresado por el lenguaje. Solo en época moderna se logran formalizar –mediante símbolos– las leyes del razonamiento. Es entonces cuando los caminos de la lógica y de la filosofía del lenguaje se separan. Hasta entonces, en la lógica antigua y medieval se trataban cuestiones relativas a la significación de las palabras, cómo se relacionan con el mundo, y cómo, en definitiva, manifiestan la verdad, cuestiones todas ellas que ahora competen a la disciplina llamada Filosofía del lenguaje. Por eso en este manual se tratan conjuntamente la Lógica y la Filosofía del lenguaje; aunque sean dos disciplinas filosóficas autónomas, todavía hoy mantienen una estrecha vinculación. Es cierto que la reflexión filosófica sobre el lenguaje se ha desarrollado desde distintas tradiciones: desde el estructuralismo lingüístico, la semiótica, el neopositivismo lógico o la hermenéutica. En todas estas tradiciones, de una manera u otra, se volvía a plantear el problema de la verdad, que es el asunto filosófico por excelencia.

Estas páginas son un intento de sintetizar una notable cantidad de temas complejos ampliamente tratados durante siglos. Sería imposible ofrecer una exposición completa y actualizada de todos los problemas planteados por estas dos disciplinas. El objetivo de estas páginas es más bien modesto (pero importante). Más que intentar que los alumnos memoricen los sofisticados mecanismos lógicos desarrollados a lo largo de la historia, el objetivo será principalmente ayudar a agudizar el sentido crítico tanto en la propia argumentación como

en la ajena. De esta manera se estará en condiciones de contribuir al rigor de la discusión, planteándose la veracidad de las premisas, así como la corrección formal de la argumentación.

Finalmente, este breve texto, insertado en la Colección del Instituto de Ciencias Religiosas, busca la aplicación concreta a los estudios teológicos. O más concretamente, establecer los fundamentos que un alumno de Teología precisa conocer para cultivar con fruto la ciencia sobre Dios.

Como metodología de trabajo se propone el estudio detenido de las nociones clave en los temas más teóricos (tema 1, 2, 6, 7, 8), mientras que los temas restantes (3, 4, 5) se sugiere la realización de ejercicios prácticos con la ayuda del manual. Al final de cada tema se facilitan algunos ejercicios. En la bibliografía final se sugieren algunos sitios web con ejercicios lógicos ya resueltos.